

LAS MISIONES Y EL DISCURSO ESPECTACULO

Sandra Pinardi

Universidad Simón Bolívar

Resumen

Existen dos hechos sintomáticos en el proceso revolucionario venezolano: las misiones y el discurso-espectáculo. Las misiones son una suerte de “no-estructuras”, una institucionalidad paralela, que no tiene reglamentación ni puede hacerse “sustantiva”; una forma institucional que, siendo provisional y transitoria, opera “orgánicamente”, con un crecimiento flexible. El discurso-espectáculo se sitúa más allá de los contenidos como un “habla” de imágenes y símbolos. Ambos hechos apuntan hacia el ejercicio de una “política estetizada”. El objetivo de esta presentación es reflexionar acerca de las características de eso que pensamos como una política estetizada.

LAS MISIONES Y EL DISCURSO ESPECTACULO

I. De la des-institucionalización

El proceso revolucionario venezolano ha estado caracterizado, en su dimensión eminentemente práctica, por una constante “des-institucionalización” de los distintos espacios de la esfera pública. Los hechos en los que esté proceso de “des-institucionalización” es más claro han sido “las misiones” y el “discurso-espectáculo” que domina nuestras transacciones simbólicas. Este proceso ha tenido lugar gracias a las escisiones sociales que surgieron del impulso modernizador de la Venezuela petrolera, el cual se dirigió hacia espacios “formales” (infraestructura, ornamentación, adquisición de bienes) olvidando los aspectos humanos y de responsabilidad ciudadana que debían acompañarlos. A pesar de reconocer las razones que han dado lugar a este proceso, es pertinente preguntarse ¿por qué lo que surge es una apuesta de des-institucionalización? ¿Por qué se pretenden saldar deudas a través de la disolución de lo dado y la constitución de instancias paralelas? Esta presentación tiene como objetivo indagar en esas razones.

Para iniciar recordemos la oposición -y advertencia- formulada por W. Benjamin con respecto a los usos y poderes de la dimensión simbólica, específicamente con respecto a los usos de la *imagen*, en la sociedad moderna. A saber, la oposición entre dos modos de operar técnicamente sobre la esfera pública, por una parte, a través de lo que denominó una “estetización de la política” que reconocía como mecanismo de instauración de los regímenes totalitarios, y una que llamaba “politización del arte” que proponía como un modo de subversión ante el poder anulador de las instancias críticas propio de la *imagen*, y que en esa medida proponía como “mecanismo” revolucionario.

Además de sus aspectos “doctrinales”, quisiéramos recuperar en esta oposición dos elementos: primero, su “esencia histórica”, es decir, su comprensión de la existencia, la cultura, la realidad como modos históricos de ser, y segundo, sugerir la posibilidad de pensar esta oposición desde un tercer término, una suerte de síntesis que podría ser formulada como “*la producción política como una obra de arte*” (es decir, una “política estetizada”), en la que se terminan asimilando y confundiendo esos modos aparentemente opuestos, y que surgiría como mecanismo de instauración de unos regímenes que son, paradójicamente, a la vez totalitarios y revolucionarios, y que estarían básicamente determinados por una especie de “impotencia”.

La sociedad occidental de principios del Siglo XX (en la que actúa Benjamin) está transida por una dimensión “nihilista” que desnuda la vida tanto pública como privada, poniendo en evidencia sus impotencias y urgencias. Como respuesta a esta dimensión “nihilista”, el existir se concibe, entonces, temporalmente, y la experiencia se hace histórica: es decir, originada y determinada a partir de su propio presente, bajo la forma de una solicitud constante de re-generación. La historia deja de ser la “narración del pasado” y pasa a ser la “construcción de un presente en el que se gesta el futuro”, desde el que el “mundo” debe ser pensado siempre nuevamente. La “esencia histórica” a la que aluden tanto la idea de “politización del arte” como de “estetización de la política” no es sólo un reconocimiento del sustrato experiencial de la realidad, sino también la posibilidad de densificar el presente proyectándolo hacia su posterioridad. Esta “esencia histórica” es *metafísica* porque se hace presente impelida por el deseo de construir temporalmente algo que no esté sujeto al tiempo, algo que pueda suspender la im-permanencia propia del mundo y su devenir siempre incierto.

El siglo XX nos legó igualmente dos formas de comprender esta “esencia histórica”: desde un tiempo ex-tático (Heidegger) en el que el presente contiene todo lo sucedido y prefigura lo que sucederá, o desde un tiempo discontinuo (Benjamin) en el que el presente es siempre una posibilidad para modificar la dirección de los acontecimientos. La oposición entre “una estetización de la política” –o una política de las emociones- y “una politización del arte” –o una política de la interrupción- responde a estos modos de comprender la “historia”. La primera apunta a una temporalidad ex-tática, mientras que la segunda a una temporalidad discontinua, sin embargo, en ambas se cruzan de un modo efectivo el ámbito de lo ético-político y con el de lo estético, en tanto que las dos son ejercicios políticos que responden a un imperativo tradicionalmente estético, a saber, la “apertura de mundo” que se convierte entonces en el *ethos* que orienta y dirige las acciones.

La “estetización de la política” realiza un programa político concebido como una totalidad cerrada y lograda (una imagen plena) en la que el devenir no es más que la expresión y realización de sus propios requerimientos. La “politización del arte” es el “proyecto” u-tópico de una configuración dinámica del mundo, abierta a sus ausencias y críticas (una imagen impropia) en la que el devenir es una transformación radical de lo dado. La oposición entre “estetización” y “politización” tiene que ver con la oposición entre un mundo pensado como imagen plena y realizada (según un modelo temporal ex -tático, en el que el presente contiene en forma de presencia tanto su pasado como su futuro) o como un dispositivo dispuesto para su transformación (según el modelo temporal discontinuo de una suerte de vanguardia permanente).

Como síntesis, el tercer término al que hicimos mención, la “producción política realizada como obra de arte” (la política estetizada) acontece como un puro ejercicio práctico, en el que de alguna manera se sintetizan ambas opciones, es decir, como la consecuencia pragmática de la imposibilidad de sostener una “revolución permanente” (sea totalizante o interruptiva), que como experiencia histórica y social degenera en la producción de **absolutos ideológicos**. El proceso de des-institucionalización de la revolución chavista se instala adecuadamente en esa descripción de una política estetizada, en la que la acción política se instala a la manera de una obra de arte.

II. De las misiones

Las misiones se iniciaron como una posibilidad de atender rápidamente algunas carencias fundamentales de la población de menores recursos. Lo primero que atienden son la asistencia médica primaria y la educación, ocupando así espacios cercanos, sensibles y cotidianos de las personas.

Su “triumfo” avasallante puso en evidencia las urgencias y ausencias de la sociedad venezolana, acercando el ejercicio gubernamental a los sectores excluidos, haciéndolos sentirse partícipes de los “procesos de reivindicación y desarrollo”. Un “triumfo” puramente sentimental porque las misiones no logran su cometido, tanto en la salud como en la educación, por ejemplo, no han “elevado” los niveles de la población dándoles acceso a una asistencia social o una educación adecuadas, sino que en muchos casos han “disminuido” los estándares educativos y de asistencia médica.

Como acontecimiento político, las misiones son el aparecer de unas no-estructuras, unas no-instituciones que se instalan en la esfera pública como actividades paralelas (puro movimiento, crecimiento auto-generado) que por su propio modo de ser hacen imposible cualquier consolidación. No son un “algo”, no tienen reglamentación ni pueden hacerse “sustantivas”. Son la “institucionalización” de formas des-institucionalizadas que operan excluyéndose del orden racional y legal, y que provisionales y transitorias tienen un crecimiento autónomo, flexible, independiente.

Desarman y disuelven la institucionalidad porque conforman instancias paralelas, eminentemente operativas e imposibles de controlar, que sustituyen las funciones y ámbitos de competencia de las instituciones formales, minando sus principios y objetivos. A través de esta sustitución cambian no sólo la forma reglamentada de hacer las cosas (la atención sanitaria, los modos de escolarización) sino que modifican también los principios sobre los que esas cosas se hacen, el cambio no es sólo operativo, es también de concepción. La educación básica, por ejemplo, no se mide en términos del saber adquirido sino del título obtenido (se pasa de los contenidos a las formas), ahora no tenemos una población mejor educada sino un número mayor de títulos entregados. Como efecto subsidiario, las personas tituladas han sido engañadas y los títulos se han desvalorizado.

Por otra parte, estas misiones bolivarianas se dan como una forma simulada y sacralizada de militarización, gracias a la que los procedimientos castrenses se instalan

civilmente, convirtiendo la vida política en un ejercicio bélico y las acciones sociales en órdenes y mandatos. En el caso venezolano, han sido un mecanismo eficiente de disolución del Estado, de su institucionalidad, porque funcionan como comisiones temporales, formas de prédica, instrumentos transitorios de colonización apropiados para el imaginario castrense y polémico que domina la situación política. Son un emblema de la “revolución permanente”, un instrumento móvil que re-inaugura constantemente sus propios mecanismos y finalidades. Una pura idealidad, de allí que su mayor logro sea el nombre que las bautiza, todos simbólicos y la mayor parte referidos “al espacio mítico de la gesta emancipadora”: un momento inaugural en el que la disolución es aceptable y previsible, el “origen”.

Este acercamiento simbólico al origen, habla de la vocación *metafísica* de esta revolución; una vocación que se expresa en la pretensión de construir un “mundo” nuevo, un “hombre nuevo” habitante de un mundo regulado desde fórmulas y parámetros inéditos, que por ello mismo, por su condición inaugural tienen su mejor expresión en esas instancias des-institucionalizadas que son las misiones, y que permiten que el ejercicio político este siempre abierto a su cambio, sea producido provisionalmente.

II. Del discurso-espectáculo

Una de las novedades más sustantivas de este gobierno ha sido el discurso utilizado por Chavez y la mayor parte de los dirigentes; un discurso “a la mano”, “cotidiano” y popular, que discurre como lo que sucede en un encuentro entre amigos o en una discusión entre pares. Un discurso público que se estructura sobre los cánones del discurso “privado”, y que por esa misma razón produce efectos emotivos, sea de adhesión o rechazo.

Un discurso que desdibuja las fronteras de lo público, y que se da simbólicamente como una “imagen”, un discurso-espectáculo. El símbolo, en su plenitud, disuelve las argumentaciones en el poder silente de la imagen, de lo que hace presente algo como presencia ineludible, sin fisuras. Con la imagen lo *otro* –la alteridad- ingresa sin resquicios en el ámbito de lo propio, de lo apropiado.

La imagen simbólica tiene la fuerza de una «voluntad colectiva» que domina las interpretaciones al instalarse como la **matriz de producción de sentido**, como la autoridad

que dota de contenidos, unívocos y reducidos a lo mismo, a todas las acciones de la sociedad. El discurso-espectáculo se funda en esta “imagen simbólica”, un artificio intelectual que cifra en su modo de darse todo lo que puede significar. El discurso-espectáculo describe el talante de este proceso político, muestra cómo esta “revolución es sentimental” al realizarse manejando una emotividad de masas, en la que el sentido o la significación adviene bajo la forma de una “rabia” generalizada.

El discurso-espectáculo propone una política de la fe, sustentada en la sacralización de las imágenes y las deudas. Una “ingeniería de la emoción”, en la que las necesidades más propias del “estar” presentes y de “ser” participantes se excluyen porque se hace sólo el temario recurrente de este quehacer político que no tiene obras sino declaraciones, y en el que los hechos son siempre un “mientras tanto”. Un mecanismo brutal de control, en el que el afecto, las deudas, las aspiraciones se tecnifican –y se homogenizan- en función de una finalidad determinada externamente, que no se propone sino que se impone, que permanece fuera de los espacios del discernimiento.

En este sentido, es una estructura disciplinaria que convierte la experiencia en un acontecer escenográfico, en un espacio y una forma de representación. La institucionalidad política y social abandona la realidad y la resistencia que imponen los cuerpos y los hechos, para realizarse y darse en imágenes, símbolos, que son los que expresan, proponen y figuran.

Aparece, entonces, un espacio político inundado de símbolos, de imágenes y signos. Este exceso da lugar a una sospecha: la de que lo que opera subyacente a ese discurso-espectáculo es un vaciamiento, una ausencia de significación, debido a que las palabras ya no invocan o convocan, sino que se dan como presencias. El modo de operar del discurso-espectáculo desestima la pregunta, y procede proponiendo únicamente respuestas, el *logos* que se corresponde con el ámbito de los absolutos ideológicos. Ocurre allí una disolución de la vocación articuladora de la política, y las acciones se dan en un “como si”: en una dimensión simbólica construida como sustituto del vaciamiento.

III. La práctica política como obra de arte

La pretensión de este recorrido es responder a las siguientes preguntas: ¿por qué lo que la revolución chavista ha originado es una apuesta de des-institucionalización? ¿Por qué pretende saldar unas deudas a través de la disolución de lo dado y la constitución de instancias paralelas y no, por ejemplo, a través de su reformulación o reestructuración?

Si reflexionamos acerca de lo que está en juego en las misiones y en el discurso-espectáculo, podemos ver cómo en ambos “modelos” de acción se fusiona efectivamente esa política de las emociones, propia de la actuación totalitaria (expresada, por ejemplo, en la camaradería y la adhesión emotiva), con la urgencia inminente de interrumpir el curso de los acontecimientos para promover o instaurar formas nuevas e inéditas de acción, propios de la política interruptiva. En este sentido, podremos afirmar que se hace presente, al menos en estos modelos, eso que denominamos una “práctica política como obra de arte” (una política estetizada). Una práctica política que, alejada de sus propias pretensiones (la participación o la reivindicación de algunas deudas), está impelida por el *ethos* de una “revolución permanente” que es en sí misma, en su propia reincidencia, el modo en que se hace presente, y se afirma, una totalización sin resguardos. La “revolución permanente” es totalizadora en la medida en que se instala como pura movilidad, un movimiento auto-generado que, sin término ni inicio, desplaza la realidad hacia los lugares imposible del origen que nunca tiene consecuencias o de la idea que siempre se encuentra en proyecto.

Tanto “las misiones” como el “discurso-espectáculo” señalan el carácter “histórico” con el que este proceso revolucionario se concibe a sí mismo. No en vano, uno de los ejercicios permanentes es el de re-hacer la historia suponiendo que un nuevo origen, no sólo modificará el futuro sino que también descubrirá lo que se oculta en el pasado, rehaciéndolo.

Igualmente, ambos son hechos polémicos, reproducen una lucha inicial gracias a la que se instala una concepción guerrera de la existencia. Esta lucha es concebida *metafísicamente* como la posibilidad de creación de un nuevo origen, por ello no pretende resoluciones, sino que opera como el sustrato de todas las acciones. Pueden cambiar los destinatarios o problemas, pero la lucha permanece como la única realidad constatable, en tanto que se propone una “vida tensa”, una vida a la espera, para la que cualquier objetivación o institucionalización resulta imposible. Este es el verdadero *ethos* totalitario de la revolución permanente, que no da lugar al crecimiento, que se instala en los espacios

de la pura creación polémica y se mantiene siempre en el “inicio”, en una suerte de comienzo constantemente re-inaugurado.

Esta lucha originaria se impone como una “nueva mitología”, un *logos* del origen, que produce un nuevo modo de “ser histórico”: un tiempo sin sucesión (que pareciera no transcurrir), un tiempo detenido, un comienzo constante. Este nuevo modo de “ser histórico” es el ser de la pura posibilidad, y es en esa misma medida un absoluto ideológico. En este sentido, la revolución permanente es lo opuesto a una “revolución” concebida como realización de mejoras, es un estar siendo en la pura posibilidad. Es esta suspensión lo que propiamente denominamos des-institucionalización.

Una política estetizada es una política de imágenes, emociones y sentimientos, en la que el poder se ejerce y se cumple como espacio y forma de representación, más allá de las obras o acciones, de las promesas o necesidades, como una práctica auto-referencial que se instalan permanentemente en un nuevo comienzo.

La “práctica política como obra de arte”, es un ejercicio en el que el mundo se ha trasladado de las cosas existentes, de los hechos y las personas, hacia un espacio de símbolos y “decisiones esenciales”, en las que la comunidad se juega, constantemente, su destino histórico en el espacio prometido e imposible de su propio simulacro. El mundo se hace esencial, se figura en una imagen completa, que no deja espacios al hacer individual y que, además, existe como síntesis de los grandes poderes de la existencia, a la manera de una “obra de arte”, es decir, con la apariencia de una totalidad que estaría lograda, al menos en su forma de promesa.